

PAOLO CASADIO

FLORES DE LA MEMORIA

Traducción de Mónica Herrero



Porque el dolor es más dolor si se calla.

Giovanni Pascoli

Para Anna

Lugo de Romaña, 15 de diciembre de 1943

Una vez atravesado el vestíbulo frío, los tres carabineros reales subieron lentamente los peldaños de la escalera y se detuvieron frente a la única puerta del primer piso.

Juntando un poco de coraje, el mariscal Donadio inspiró profundamente el perfume agridulce del aceite de lino cocido que tenía la madera y luego golpeó con fuerza la carpintería, cerca de la mezuzá clavada en la jamba de la puerta, que se entreabrió dejando escapar la tibieza acogedora del departamento y el rostro pálido de Alma. La insignia con la llama flameante en la gorra del cabo brilló bajo la nueva luz. El mariscal empujó la puerta con el borde del zapato, extrajo del bolsillo del abrigo una hoja doblada, la abrió sin quitarse los guantes y aclaró la voz, incómodo. Debería haberse postulado para la Guardia Nacional Republicana, pero, como no aceptaba pertenecer a ese cuerpo de policía improvisado y continuaba sintiéndose carabinero, pasó a leer el texto.

“En cumplimiento de la ordenanza de policía número 5 del 30 de noviembre de 1943, se dispone el arresto con la consecuente reclusión en un campo específico para judíos de Omero Da Fano, Alma Vita, Velia Da Fano, Zaira Luscri”.

Padres, hija, abuela materna. Toda la familia Da Fano.

El suboficial evitó las miradas incrédulas detrás de la puerta porque conocía a cada una de esas personas y se avergonzaba.

“Tienen quince minutos para empacar sus efectos personales y algunos alimentos”.

Era miércoles y la noche había caído. En via Muti no había pasado inadvertido el ingreso de la patrulla en el número 49 ni el estacionamiento del camión Fiat del servicio. Una pequeña multitud de curiosos —de Lugo y de otras partes, debido a la jornada de mercado— se había reunido frente al vestíbulo abierto.

Cuando, diecinueve minutos más tarde y escoltada por tres carabineros, la familia Da Fano descendió a la calle, Alma se rehusó a salir y agarró de la mano a su hijita Velia y no dio señales de avanzar. Se rehusó porque había decidido no sufrir ese atropello, esa mutilación final de la propia libertad. Un sentimiento de agotamiento se le subió a la cabeza, pero se mantuvo firme en su propósito de no doblegarse. Sostuvo la mirada de la pequeña multitud reunida a la salida del vestíbulo. Desde el 4 de diciembre, en lenta progresión, los carabineros se habían acercado a ellos, arrojando a los judíos que todavía residían en el viejo gueto. Todos los judíos que no habían logrado huir.

Alma no huiría nunca. Y nunca abandonaría la casa propia ni renunciaría a sus pertenencias. No había motivo. Ella y Omero habían llevado una vida irreprochable, viviendo del trabajo propio y sin faltarle el respeto a nadie.

Después de cada arresto, tenían el mismo diálogo esperanzador.

—¿Por qué alguna vez habrían de arrestarnos? —le preguntaba Omero por la noche, en la intimidad del lecho, abrazado el uno a la otra.

—No hay una razón lógica en el mundo. Respetamos todas esas leyes idiotas —respondía ella y hablaba bajo para que la niña no escuchara. Alma lo decía y se lo repetía sin lograr convencerse, porque la lógica era, para ese entonces, un bien raro. Luego de las leyes raciales y de las circulares del ministerio, su vida se había convertido en un continuo enfrentamiento con prohibiciones absurdas. Cuando su padre murió, no había podido publicar ninguna necrológica en *Il Resto*

del Carlino. La despidieron de la escuela elemental sin motivo alguno que no fuera la pertenencia racial. Habían tenido que borrarse de la guía telefónica. Le habían secuestrado la radio Telefunken junto con el piano vertical Oldani que Alma usaba para practicar. Omero había sido obligado a renunciar a su pequeño comercio de libros usados, actividad secundaria a la de encuadernador. El reclamo de discriminación presentado en el Tribunal de la Raza, motivado por los méritos militares del padre de Omero, se había trabado ante la perspectiva de tener que pagar una cifra inalcanzable para ellos. Alma recordaba bien el desánimo del marido al regreso de la entrevista con el secretario de la organización fascista.

—¿Sabes cuánto piden? Seiscientas mil liras.

—Pero ¡nunca las tendremos!

—Es lo que les dije. Y ¿sabes lo que me respondieron? “Da Fano, nunca se ha visto un judío sin dinero. A trabajar con sus libros inútiles”. —Y la indignación por el pedido de dinero se mezclaba con la indignación ante el desprecio por los libros.

—No dejo mi casa. Me rehúso a ir con ustedes. No he hecho nada.

El mariscal giró hacia Alma, indeciso.

Cerraba el grupo el sargento De Ditto, que pensó resolver el empecinamiento de esa mujer bellísima de cabellos cobrizos empujándola descortésmente. Alma perdió el equilibrio y se cayó al suelo. La niña, intimidada y asustada por el forcejeo y los gritos, se abrazó a la madre.

Omero tuvo la reacción instintiva de alejar al militar a empujones:

—¡No toque a mi esposa!

Omero Da Fano, el manso encuadernador, el miniaturista de *ketubà*, había levantado la voz y las manos contra un funcionario público.

El susceptible De Ditto respondió a tono empujándolo maleducadamente y haciéndole caer los anteojos. Los cristales se rompieron y los fragmentos se esparcieron sobre el empedrado.

—¡Fuera las manos! ¿Entendido?

Comenzó la riña. Los dos, de contextura parecida, se trenzaron sin ahorrarse golpes ni insultos. El mariscal, quien, por no tener que hacer demasiadas cuentas con la conciencia, había esperado hacer un arresto tranquilo, junto al cabo, trató de retomar el control de la situación. De la multitud surgían gritos frenéticos dirigidos a los judíos malvados y, en contraposición, más de una protesta solidaria con la familia Da Fano, porque en realidad en el lugar no se había difundido un antisemitismo auténtico.

Todavía en el suelo, Alma parecía olvidada. Vio, cerca, unas sobras de tejido negro abrirse casi hasta tocar los zapatos. Gruesas, de campesino. Levantó la mirada hacia el hombre, leyó la oferta en sus ojos.

No lo pensó dos veces.

—Velia, ¡escóndete bajo la capa! —susurró.

La niña dudó, asustada.

—Escóndete y calladita. ¡Vuelvo a buscarte más tarde!

—Mamá...

—Vuelvo enseguida. ¡Obedece! —Y Velia obedeció.

El mariscal se dio cuenta tarde del hombre alto, de la inusual raya en V de los cabellos ondulados, que abrió rápido la capa haciendo desaparecer a la niña como si fuera el más hábil y consumado de los ilusionistas.

Se dio cuenta tarde, pero se dio cuenta.

No dijo nada y se limitó a un breve intercambio de miradas.

Sorprendida, la mirada del mariscal.

Firme y decidida, la del hombre.

Reincorporándose, Alma comprendió la inevitabilidad de lo ocurrido. Por un fragmento de segundo, trató de convencerse de que el asunto se esclarecería pronto y su regreso a la casa sería cuestión de poco tiempo. No pensó en los arrestos recientes, en las confiscaciones, en los secuestros. Eso les había sucedido a otros, no significaba que les sucedería a ellos.

Se lo repitió, pero no logró convencerse.

Observó al hombre, que se limitó a asentir imperceptiblemente, con sinceridad, como queriendo decirle: “Me encargo”.

El mariscal se comportó como si la niña nunca hubiera existido. Lograron llevar a los arrestados al camión Fiat y aquel ordenó seco:

—A la cárcel.

Agarrado del estribo, el cabo Pertemi apuntó el índice hacia la multitud murmurando con el aliento congelándose en el hielo:

—Pero la niña...

—¡A la cárcel, he dicho! —se impuso enojado el mariscal Donadio—. ¡A la cárcel!

—¡Sí, señor!

Alma, en el asiento trasero, apretó la mano de Omero y, con la mirada, recibió la pregunta muda del esposo: “¿Y Velia”.

En ese preciso instante tuvo la intuición de lo que les sucedería.

—Por lo menos, ella se salvará —susurró.

El camión Fiat partió derrapando hacia la Rocca.

Bajo el pesado paño del abrigo, la niña permaneció inmóvil, casi paralizada.

El hombre la estrechaba contra sí, percibiendo la intimidad del calor, el latido acelerado del corazón. El hombre no tenía hijos y ese contacto le transmitía una sensación extraordinaria que, de algún modo, lo hacía más resistente, más fuerte.

No sabía por qué lo había hecho. Y sabía muy bien cuál era el castigo reservado a quien escondía judíos. Pero ya lo había hecho y, por lo tanto, no iría como de costumbre a la taberna y después al mercado. Con cuidado de no resbalarse, evitando el Pavaglione, caminó a lo largo de corso Garibaldi, sosteniendo a la niña con la delicadeza que se utiliza con el más precioso de los bienes.

“Tranquila —continuaba susurrándole—. Te regresaré con tus padres”, y bajo el paño de la capa no se escuchaba ni siquiera la respiración de la pequeña. No se animaba ni a dejarle sacar la cabeza: con esos cabellos blancos sería demasiado reconocible.

Atravesada via Cento y adentrándose en el campo hacia las casas vacías, en el costado de un edificio rural, vio la frase. Estaba desde hacía años, la conocía de memoria y ya no le prestaba más atención: NO TENEMOS QUE TENER MIEDO DE SER VALIENTES.

Pensó en cómo estaba cambiando todo. En las cosas insignificantes y en las grandes. Y había un sentido, a menudo bastardo, en todas estas cosas y, en diciembre de 1943, había que entenderlo para sobrevivir.

Se preguntó cómo haría para tener a la niña. Para esconderla. Para hacerle aceptar la realidad del abandono.

Por suerte, estaba Pippo.

En el primer bombardeo a Lugo, Otello —el viejo perro de la familia— se había muerto de miedo. Así, sin decir nada, sin un gemido, sin temblar como una gelatina Simmenthal, sino según su costumbre de perro anciano. Se derrumbó, quedó inmóvil luego de que se le detuviera el corazón. El hombre había tomado la pala y enterrado al perro detrás de la casa, cerca de la orilla del Santerno y, sobre el pequeño túmulo, había colocado un palo y cuatro piedritas del río.

Durante la noche había llegado Pippo.

Los bombardeos no asustaban solo a los humanos, sino también a los animales. El que tenía alas huía por el aire, el que tenía patas escapaba por el campo. Volvía a aflorar en esas bestias la ferocidad de sus orígenes, y a veces se agrupaban, a veces regresaban a las casas y a veces desaparecían para siempre.

Pippo debía su nombre al avión solitario y nocturno que cada tanto lanzaba bengalas y ametrallaba al azar. Y Pippo tenía el pelo uniforme de la noche, manchado solo por una gota de miel irregular sobre el pecho. Una gota que se parecía a una estrella.

Comenzó a rascar el umbral de la casa de campo y, en ese pedir ser escuchado, estaba el desconcierto y el deseo de recuperar un techo. Pippo era cachorro y quedaría de tamaño pequeño, casi un juguete para los niños, y los rasgos más evidentes de carácter eran sus ojos de níspero y su continuo agitar el rabo.

Y ahora el hombre pensaba en cómo ese cachorro fugitivo, que se desvivía en saltos de afecto, besuqueos y gemidos de felicidad, ayudaría a la niña a aceptar la desaparición de su mundo, de su familia.

Había sido valiente. No se lo dijo, más bien se lo preguntó y no se respondió. Era demasiado pronto y no sabía lo que sucedería.

Nadie podía preverlo.